

Si existiera la reencarnación...

Escribe: RUBEN ARDILA

Con una sola vida
no aprenderé bastante;
con la luz de otras vidas
vivirán otras vidas en mi canto.

PABLO NERUDA

Si te atrae una lucecita, síguela. ¿Que te conduce a un pantano? Ya saldrás de él. Pero si no la sigues, toda la vida te perseguirá el pensamiento de que acaso era tu estrella.

HEBBEL

Si existiera la reencarnación los hombres tendríamos innumerables caminos abiertos ante nosotros, innumerables posibilidades e innumerables alternativas existenciales. Podríamos vivir vidas diferentes, cada una mejor o peor que las demás, cada una con una óptica diferente, con un ángulo nuevo para observar el mundo. En cada vida seríamos testigos de nuestro tiempo, pero este sería diferente, cambiante, lleno de cosas, de eventos y de personas.

Si existiera la reencarnación yo trataría de vivir vidas llenas de sentido y de color. Todas distintas y todas fascinantes. La primera vida la dedicaría al **amor**. Besaría todas las bocas, amaría en todos los puertos, sería como esos marineros que besan y se van. Recostaría en mi hombro cabezas morenas y rubias, sonreiría ante ojos alegres y lloraría ante ojos tristes, pasaría por mi cara todas las manos del mundo y besaría todos los pechos, tanto los fuertes como los débiles, tanto los blancos como los negros y los amarillos y los cobrizos. Y finalmente arrullaría en mis brazos a una persona, elegida entre todas ellas, para compartir mis angustias, mis alegrías, mis depresiones y mis relaciones. Una y solo una.

La segunda vida se la dedicaría a la **ciencia**. Indagaría los misterios del universo y los misterios del hombre. El absurdo de que exista mente en medio de un universo silencioso y carente de vida. Estudiaría las incógnitas de los “huecos negros”, sus leyes que contradicen las leyes de la astronomía tradicional y sin embargo están ahí. Indagaría la constitución de las nebulosas, las galaxias, la expansión del universo y los enigmas de la creación continua. Me centraría en el secreto de la vida, en las moléculas de carbono, en los problemas de la organización estructural, en esas extrañas combinaciones que produjeron lo orgánico a partir de lo inorgánico. Trabajaría mucho para entender al hombre y su contradictoria conducta, que hace que unos seamos lobos para los otros, que nos lleva a agredirnos en lugar de cooperar unos con otros. Buscaría averiguar por qué es tan importante el amor materno para el desarrollo armónico de los hombres, y qué tiene que ver esto con el comportamiento de los patitos recién nacidos y de los monos criados sin madre. Estudiaría los misterios del cerebro y los misterios de la mente del hombre. Me preocuparía por el desarrollo de las sociedades y por el desarrollo de los seres humanos. Buscaría, en una palabra, entender el mundo y entender mi propio mundo, por insignificante que este sea ante un universo silencioso y absurdo.

La tercera vida se la dedicaría a la **filosofía**. Trataría de encontrar una lógica y un sentido en los hallazgos analíticos y fragmentarios de la ciencia, en el lenguaje de los científicos y en sus profundas limitaciones psicológicas. Intentaría contestar aquellas preguntas gigantescas que uno no puede dejar de plantearse, tales como el sentido de la vida, la existencia de Dios y de los dioses, la formación de los valores, las categorías de la lógica, las relaciones entre el ser y el existir. Sería un filósofo distinto a los demás, que se han enredado en palabras y han contestado en forma verbalista y grandilocuente a las incógnitas metafísicas. Buscaría saber si es cierto que Dios murió, o si fue que nunca existió; si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, o si los hombres crearon a los dioses a su propia imagen. Me interesaría en saber por qué Dios guarda silencio mientras los hombres se dedican a destruirse unos a otros y a destruir este planeta que supuestamente es obra suya. Me preguntaría si Nietzsche tuvo razón cuando dijo que Dios había muerto, o si la tuvo Dios cuando un día escribió en medio de nubes: “Nietzsche ha muerto”.

La cuarta vida la dedicaría a **viajar**. Recorrería todos los países, navegaría por todos los mares, aprendería la historia y la geografía de todos los pueblos. Presenciaría el nacimiento de nuevas repúblicas, en el Africa tropical, en esa Africa misteriosa que queda más abajo del Sahara. Sería testigo también de la agonía de muchos imperios, especialmente en la vieja Europa y en el Asia milenaria. Aprendería muchos idiomas, hablaría con muchos hombres, dormiría bajo muchos cielos. Me interesaría por los fenómenos nuevos, por ejemplo por el surgimiento del mundo árabe, por esa mezcla de riqueza y miseria, de modernismo y tradicionalismo, de tecnología y superstición, de la era interplanetaria y de la era de las cavernas. Sería asesor de un líder africano o de un líder árabe. Ayudaría a construir un nuevo país en Africa o en Asia. Le diría a un pueblo cómo burlarse de Occidente, cómo poner en jaque a Estados Unidos, a Inglaterra, a la URSS y a China.

La siguiente vida la dedicaría a hacer la **revolución social**. No una revolución como las tradicionales sino más profunda y más estructural, que abarcara al hombre y su sociedad, y que incluyera su economía y su psicología. Sería una revolución ante la cual los logros de Lenin y de Mao palidecieran. Una revolución cuyo objetivo primordial fuera la formación de un hombre nuevo, en el verdadero sentido de la palabra. La guía sería de todos modos el marxismo —obviamente— pero adaptando sus conceptos a este planeta cambiante y contradictorio, en el cual todos los sistemas han fracasado, incluyendo el sistema de Jesús y el sistema de Marx. No diría que la razón para hacer este cambio social consiste en que las circunstancias están “maduras” para la revolución, sino en que los hombres tienen que mejorar y volverse más hombres, y los niños dejar de morir de hambre en las calles, al lado de la opulencia y el desperdicio. Mi revolución respetaría la ecología y daría gran importancia a la planeación del futuro. Sería una revolución planetaria, no una revolución simplemente nacional. No sería la obra de los intelectuales ni de los obreros y campesinos, sino de todos los hombres y mujeres, de todos los niños y niñas del mundo.

Así viviría yo mis cinco vidas. Cinco vidas... No parece mucho. Pero los hombres podríamos vivir diez, cien, mil o un millón de vidas. Podríamos ser como el Aleph de Borges, que refleja el universo y es parte del macrocosmos y del microcosmos, y en el cual está la tierra y en ella está otra vez el Aleph.

Al no ser esto posible, al no existir la reencarnación, un hombre limitado como cualquiera de nosotros tiene que integrarlo todo en un corto lapso de tiempo. Tiene que besar todas las bocas y engañar a todos los maridos. Intentar descifrar los misterios de los “huecos negros” de la astronomía y la importancia del amor materno para el desarrollo armónico del niño. Tratar de entender las incógnitas metafísicas y la existencia de los dioses. Recorrer el mundo y asesorar a los líderes africanos y asiáticos acerca de la forma de burlarse de los Estados Unidos. Hacer la revolución social en forma más profunda y duradera que las anteriores revoluciones, para que llegue la justicia a este planeta, y aprendamos algún día, a colaborar unos con otros y entender que la tierra es como una nave espacial y que todos somos simplemente compañeros de viaje...